



VOL: AÑO 7, NUMERO 20

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1992

TEMA: PERSPECTIVAS Y PROBLEMAS TEORICOS DE HOY

TITULO: **Desafíos teóricos después de la crisis**

AUTOR: *Lidia Girola* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

El debate entre las corrientes positivistas y las corrientes interpretativas en la sociología de los últimos años ha sido uno de los elementos que han contribuido para que muchos investigadores consideren la necesidad de reconstruir la matriz conceptual y explicativa de la disciplina. Dos cuestiones fundamentales son la revisión del papel de las estructuras y la capacidad transformadora de la actividad de los sujetos, por una parte, y la revisión de la diferenciación entre los análisis micro y los análisis macrosociológicos, por otra.

Este trabajo se propone señalar las posibilidades que existen para una articulación y complementación entre los dos tipos de enfoque.

ABSTRACT:

Theoretic challenges after the crisis

Recent dissension over positivism and interpretative doctrines in sociological studies has had an effect on plenty of researchers: indeed, they sustain a need for conceptual clarification and redefinition. The author, retraces here two fundamental aspects for both concepts: first, the structure's role and the "agency" then, the differences between micro-macro analysis. Aim is to denote both concepts' possibilities for their articulation and completion.

TEXTO

Introducción

En los últimos años los sociólogos, y especialmente aquellos interesados en cuestiones teóricas, han dedicado buena parte de su tiempo y sus esfuerzos a analizar la situación por la que atraviesa la disciplina.

En general se ha llegado a un relativo acuerdo con respecto a que la sociología se encuentra en una etapa peculiar de su desarrollo, caracterizada por la crisis de las grandes teorías, como el estructural funcionalismo y el marxismo, y por la búsqueda de nuevos modelos y referentes teóricos.

Si bien existen razones extradisciplinarias que han coadyuvado al cuestionamiento de las explicaciones proporcionadas por las teorías funcionalistas y marxistas (los cambios políticos en el mundo contemporáneo y el fin o el remozamiento de las utopías de la modernidad, entre otras), el propósito de este trabajo [**] es reflexionar acerca de uno de

los componentes intradisciplinarios de la situación considerada como de crisis y principalmente de dos aspectos o consecuencias de la misma que constituyen sendos retos que a nivel teórico enfrentan los sociólogos.

El debate interno suscitado por la pérdida de confianza en las propuestas positivistas, el cuestionamiento de la concepción naturalista de ciencia social, y la importancia creciente otorgada a la participación de los sujetos sociales en la conformación de las sociedades, han hecho evidente para muchos la necesidad de redefinir objeto, métodos y esquemas explicativos propuestos por la disciplina.

La revisión del papel de conceptos como el de "estructura", considerados clave durante décadas, así como el replanteamiento de la relación entre criterios cuantitativos y cualitativos, y la incorporación más allá de los estudios microsociológicos de la dimensión de la "interacción", han sido algunas de las consecuencias del debate entre las corrientes positivistas y las interpretativas en la sociología de los últimos años.

Las cuestiones que nos proponemos abordar brevemente son las características del positivismo sociológico y los principales cuestionamientos desde una perspectiva interpretativa por una parte; la revisión del papel de las estructuras y su relación con la capacidad transformadora de los sujetos, por otra. Con más detalle pretendemos reflexionar acerca de las posibilidades que existen para una articulación y complementación entre las dimensiones micro y macro del análisis sociológico.

¿Crisis de paradigmas o crisis de teorías?

Algunos autores señalan que a pesar de que por lo general se habla de "la crisis de los paradigmas" por mera comodidad de la expresión, mal podría catalogarse de esa manera la situación actual, en tanto la sociología, como muchas otras disciplinas sociales, nunca llegó a contar con un núcleo conceptual "duro" ni procedimientos de tal manera institucionalizados, ni acuerdos en cuanto a la caracterización de lo que son los procesos que conforman la realidad social que permitieran pensar que en un momento anterior se encontraba en una etapa paradigmática, o de "ciencia normal" en términos de Kuhn, que habría entrado en crisis en un momento determinado.

Es conveniente señalar que el término "paradigma" es un concepto particularmente complejo, ya que hace referencia, por una parte, a un conjunto de criterios o premisas fundamentales, que en el caso de las ciencias sociales se remiten a consideraciones acerca de qué es "lo social" (lo social como lo que trasciende al individuo y lo condiciona; lo social como entrelazamiento de acciones individuales; lo social como representación simbólica, etcétera), y acerca de las posibilidades de su conocimiento. Por otra parte, a modelos explicativos derivados de las concepciones fundamentales (Kuhn, 1978; Farfán, 1988). Pero también, a un conjunto de proposiciones teóricas de distinto nivel de generalidad, que se refieren a aspectos específicos de lo social y conforman el corpus característico y propio de cada escuela o corriente de pensamiento sociológico.

La caracterización de la situación actual de la sociología como "de crisis" ha resultado hasta cierto punto problemática porque dentro de la disciplina las dificultades se presentaron fundamentalmente en el terreno de las teorías, algunas de las cuales se propusieron durante muchos años como modelos panexplicativos y por lo menos a nivel formal como mutuamente excluyentes. Sin embargo, si consideramos el término "paradigma" sobre todo en su sentido de "tradición de investigación", la sociología ha reconocido no una sino varias tradiciones, con sus protocolos e instrumentos específicos, prácticamente desde su origen como disciplina.

Conviene entonces especificar cuál ha sido el elemento novedoso en la crisis de las grandes teorías, donde una no viene a remplazar a otra, sino que el cuestionamiento es en cierto modo general, ya que se refiere a la concepción de la sociedad y a la idea misma de ciencia social.

Positivismo sociológico y debate actual

Como señalaba Marcuse hace más de 25 años la sociología desde sus inicios fue una disciplina escindida, no sólo en términos ideológico-políticos (los sociólogos han sido tanto productores de un discurso legitimador del orden social en el que les ha tocado vivir, como críticos de ese mismo orden), sino también en términos teórico-metodológicos (Marcuse, 1976: 315).

En ese sentido, Giddens y Turner dicen en un texto reciente que el análisis teórico en ciencias sociales siempre ha sido una empresa diversificada, pero señalan que, en un momento posterior a la segunda Guerra Mundial, cierto conjunto de puntos de vista tendieron a prevalecer sobre el resto y lograron un cierto grado de aceptación general (Giddens y Turner, 1991: 10).

Los puntos de vista que según Giddens y Turner han prevalecido en el campo de la teoría sociológica en las décadas de los cincuenta a los ochenta, han estado relacionados con el empirismo (positivismo) lógico filosófico y han constituido, a pesar de múltiples diferencias en el terreno de las teorías específicas, un conjunto de presupuestos y criterios metodológicos a los que se puede denominar positivismo sociológico.

El positivismo sociológico, en distinto grado y profundidad, ha penetrado tanto los enfoques macro como los micro, los empiristas como los deductivistas, tanto las perspectivas legitimadoras como las críticas.

La influencia positivista ha sido dominante, aunque no exclusiva, y ha orillado a importantes puntos de vista divergentes (como las sociologías interpretativas de raíces weberianas y fenomenológicas) a una situación de marginación que sólo en la última década se ha podido modificar.

Los presupuestos del positivismo sociológico consisten en proponer un modelo naturalista de sociedad, a la que se piensa, al igual que a la naturaleza, como gobernada por leyes.

El fin cognoscitivo de la sociología es descubrir las leyes que determinan los procesos sociales y así asegurar su capacidad de predicción. Esto puede tener como consecuencia práctica el convertir la disciplina en una tecnología social (Giddens, 1988: 305).

Un postulado fundamental es la unidad metodológica de las ciencias, de tal manera que salvo por su juventud (Merton, 1972: 16), que explica su retraso en el descubrimiento de leyes sociológicas, no habría diferencia entre la sociología y las demás ciencias naturales empíricas. De acuerdo con esa concepción de ciencia, cuyo ejemplo modélico es la física, la sociología debe tratar de cuantificar sus observaciones y formalizar sus resultados de investigación. En la medida en que la sociología aplica determinados procedimientos de investigación, denominados método científico, es una disciplina científica; el método es garantía de científicidad.

Otro aspecto fundamental de esta perspectiva es el acuerdo con respecto al carácter objetivo de la base empírica: los sociólogos influidos por el positivismo no dudan de la existencia de una realidad externa objetiva por conocer que no depende de las interpretaciones o los acervos culturales de conocimiento de los investigadores. De allí

entonces que se proponga una distinción tajante entre juicios de hecho (objeto y resultado de la investigación científica) y juicios de valor (que son vistos como elementos ideológicos y falseadores de la realidad y de los cuales el sociólogo debe desprenderse si quiere hacer ciencia). La observación, la medición, la cuantificación y el descubrimiento de los nexos funcionales de los elementos que componen la realidad social son las vías para el acceso al conocimiento objetivo de lo social. La búsqueda de leyes y principios determinantes de los procesos sociales, vistos como claves explicativas que aseguran una predicción correcta, condujo a la sobrevaloración cuando no a la consideración única del papel de las estructuras en la configuración de dichos procesos.

Muy lentamente, las críticas al positivismo a nivel de la filosofía de la ciencia (iniciadas por Popper y profundizadas por Kuhn, Lakatos, Hesse, Habermas y discípulos de Wittgenstein) y el desencanto producido por los resultados de la sociología positivista (a veces triviales, otras veces evidentemente reduccionistas y simplificadores, frecuentemente erróneos en sus intentos predictivos), sumados a situaciones de crisis en los ámbitos culturales, políticos e institucionales del mundo contemporáneo, han comenzado a influir en las concepciones de los teóricos sociales, de tal manera que en los últimos años puede hablarse de una revisión de los supuestos del positivismo en el terreno de la sociología.

Esa revisión crítica ha conducido por una parte a la recuperación de formulaciones que durante mucho tiempo se consideraron marginales con respecto al pensamiento dominante, y por otra a reconsiderar cuáles son los desafíos que la nueva situación impone. También, y en la medida en que implica debate y defenestraciones de perspectivas más o menos consagradas, ha conducido a pensar la actual situación como de crisis.

La pérdida de confianza en los presupuestos positivistas es entonces uno de los componentes principales de la llamada crisis de paradigmas en sociología.

La nueva reflexión teórica toma como punto de partida las aportaciones de las corrientes interpretativas, que a pesar de su origen diverso reconocen su deuda con la sociología weberiana, la fenomenología y la filosofía del lenguaje corriente de Wittgenstein (Giddens, 1976:cap. 1; Girola, 1992). Comienza por el rechazo al "naturalismo" en las ciencias sociales: la sociología no comienza compilando observaciones y mediciones. Se remarca que entre las ciencias naturales y la sociología existen diferencias que van más allá de las planteadas en la famosa disputa acerca del método en la sociología alemana de principios de siglo. Por un lado, existe una diferencia sustancial en cuanto al objeto, ya que la sociedad es un producto humano, mientras que la naturaleza no lo es. Por otro lado, el investigador social se encuentra no sólo inmerso en su objeto de estudio sino involucrado con él de una manera inherente. Pero además, y es lo más importante, el conocimiento de la realidad está vehiculizado y mediatizado por marcos culturales de significación; la ciencia, en tanto es una forma de conocimiento, es una manifestación cultural. Tiene una relación íntima con la cultura en su conjunto. Participa de un horizonte cultural común, junto con otros saberes, creencias y concepciones del mundo. Por lo tanto, es una forma de interpretación de la realidad ligada a contextos sociales determinados. Como conjunto de proposiciones acerca de la realidad, participa de las características de cualquier conjunto de significados: sus afirmaciones tienen que ser captadas hermenéuticamente, o sea en relación con un marco general de significación (Kuhn,1970). Por lo tanto, participa de los problemas que se le plantean a cualquier hermenéutica: el papel recreador y en cierto sentido distorsionador del observador, la limitación impuesta por los instrumentos de observación, la comparación entre observaciones del objeto producidas por instrumentos diferentes, etcétera. Esto, que rompe con la unidad metodológica de la ciencia planteada por el positivismo, formula sin embargo la unidad en otro terreno, al sostener que la

ciencia en su conjunto (tanto las ciencias naturales como las sociales), es una empresa interpretativa. Rompe radicalmente con una visión "naturalista" de lo social (un orden social determinado es un producto de la actividad humana, y por lo tanto es una posibilidad histórica, contingente y modificable).

Abandona la distinción tajante entre juicios de hecho y juicios de valor (no existen observables puros ni investigadores neutrales; toda explicación es una interpretación cuya validez depende de la aceptación o no de un marco conceptual de referencia). Y replantea radicalmente el tema de la objetividad científica que ya no se asienta en la aplicación del llamado "método científico" ni en la supuesta posibilidad del "descentramiento del sujeto" (Giddens, 1991: 254), sino en la posibilidad de contrastación intersubjetiva de los procedimientos y resultados de la investigación (de allí el papel tan importante de las comunidades científicas en la definición de qué es científico y válido y qué no lo es), y en la aplicación rigurosa del principio de "vigilancia epistemológica" (Bourdieu et al., 1975: 14), que consiste en explicitar en lo posible los propios puntos de partida valorativos y tener en cuenta el problema de la "doble hermenéutica" que caracteriza el análisis sociológico (Giddens, 1976).

Es posible pensar, como lo hace Hans Albert (Albert, 1972: 184), que la sociología positivista ha sido parte del movimiento sociocultural que pretendió la instauración del dominio de la razón instrumental; su crisis es parte por lo tanto de la crisis de ciertas formas específicas del pensamiento moderno. La nueva reflexión teórica discute, entre otros temas, la viabilidad, el "acabamiento" o la posibilidad de reformulación de los proyectos que constituyeron la modernidad (Habermas, 1990; Giddens, 1991).

Estructura y acción

Como se señalaba más arriba, existe además otro aspecto que debemos considerar cuando pensamos en los paradigmas en la sociología, que es el de los paradigmas como esquemas o modelos de explicación de los procesos sociales. Es este aspecto el que aborda Boudon cuando dice que en la sociología han existido dos grandes familias de paradigmas: los deterministas (estructuralistas) y los interaccionistas (Boudon, 1980: cap.7).

Paradigma estructuralista es el que explica los procesos sociales teniendo principalmente en cuenta situaciones que están determinadas por relaciones entre factores universalmente presentes (entre valores, normas y patrones; o entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, por ejemplo), y en las cuales los sujetos, actores sociales concretos, no tienen directa influencia y no pueden hacer modificaciones.

Paradigma interaccionista es el que explica los procesos sociales como resultado más o menos contingente de la conjunción de múltiples acciones, es decir, de conductas orientadas a una finalidad.

Un corolario de la influencia del positivismo sociológico ha sido el predominio de las perspectivas explicativas de corte estructuralista en el campo de la teoría sociológica. Los sociólogos interaccionistas o accionalistas han constituido durante mucho tiempo una minoría.

Los autores estructuralistas han propuesto diversas definiciones del concepto de estructura; algunos, como Levi-Strauss, remarcan el hecho de que una estructura es un modelo que presenta las características de un sistema: está constituida por varios elementos, ninguno de los cuales puede experimentar cambios sin que ello produzca cambios en todos los demás elementos. Para cada modelo es preciso que se puedan

ordenar una serie de transformaciones de manera de obtener un grupo de modelos del mismo tipo. Las citadas propiedades permiten predecir las reacciones del modelo en caso de que uno o más de sus elementos queden sometidos a determinadas modificaciones. El modelo debe estar constituido de suerte de hacer inmediatamente inteligibles todos los hechos observados (Levi-Strauss, 1978: 15-16).

Piaget por su parte define la estructura como un sistema de transformaciones. En tanto es un sistema y no una mera colección de elementos y sus propiedades, esas transformaciones suponen leyes: la estructura es preservada o enriquecida por el juego recíproco de sus leyes de transformación que nunca arrojan resultados externos al sistema ni emplean elementos que le sean externos. En síntesis, señala que la noción de estructura es deslindada por tres ideas clave: la idea de totalidad, la idea de transformación y la de autorregulación (Piaget, 1986: 5).

En estos dos autores, como en otros, encontramos la idea de la estructura como un principio o ley de desarrollo interno que determina la tendencia de cambio y las posibilidades de transformación en el sistema de que se trate. Como señalan Bottomore y Nisbet, para Piaget "transformación" es la clave para la comprensión de las estructuras como sistemas no estáticos: "Si el carácter de ser un todo estructurado depende de su ley de composición, estas leyes tienen que ser, por su naturaleza misma, estructurantes; es la constante dualidad o bipolaridad que consiste en ser siempre simultáneamente estructurante y estructurado lo que explica el éxito de la idea de ley o regla empleada por los estructuralistas... Ciertamente todas las estructuras conocidas, de los grupos matemáticos a los sistemas de parentesco, son, sin excepción alguna, sistemas de transformación" (Piaget, 1986: 10-12; Bottomore y Nisbet, 1988: 665).

Algo que resulta evidente en la consideración de estos dos ejemplos es, por un lado, que el presupuesto positivista de la unidad de la ciencia está presente en la concepción estructuralista, ya que la noción de estructura sirve tanto para sistemas lógico-formales como para sistemas naturales y sociales; y por otro, el carácter determinista de la estructura, que en el caso de los sistemas sociales prescinde de los sujetos para su regulación y cambio.

Si bien existen definiciones al respecto que aparecen con matices diferentes en las grandes corrientes de pensamiento sociológico, todas remarcan el carácter omnipresente de los elementos estructurales. Algunas teorías conciben la estructura como algo siempre presente, con un grado de permanencia que trasciende temporalmente los procesos sociales particulares a los que configura, como sería el caso de los elementos normativo-valorativos que como alternativas pautadas de orientación de valor aparecen en todas las sociedades; y los agrupamientos empíricos de los componentes estructurales como los sistemas familiares, religiosos o de distribución y organización del poder, universalmente presentes, según la formulación de Parsons.

En el caso del marxismo, son las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción las universalmente presentes en todas las sociedades históricas, que con distintas especificaciones, y a partir de diversas formas de resolución, asumen la determinación estructural. Es de sobra conocida la formulación de que la historia es un proceso sin sujeto.

En la concepción de Piaget encontramos, sin embargo, un aspecto que de hecho ha servido para reformular la concepción acerca de la estructura, que es el carácter a la vez estructurado y estructurante de las reglas de transformación. Luego volveré sobre este punto.

Como resumen podríamos decir que el concepto de estructura hace por lo general referencia a elementos permanentes, fundamentales y en cierto sentido fundantes, siempre presentes, que como leyes de desarrollo o determinantes en última instancia configuran las sociedades.

La revisión teórica cuyo origen está en las corrientes interpretativas propone modificaciones sustantivas con respecto al papel de las estructuras. Así, se reconoce que si bien en todas las sociedades existen regularidades, procesos que se repiten y de alguna manera es posible afirmar que dada determinada situación las tendencias transformativas abarcan un gama amplia pero no infinita de posibilidades de desarrollo y cambio, y que todo esto se debe a que todas las sociedades están estructuradas, son los sujetos a través de su actividad e interacción los que producen y reproducen las estructuras.

Las regularidades y las regulaciones de varios tipos que observamos en todas las sociedades, y a las que llamamos estructuras, no deben concebirse como entelequias con una dinámica propia, autónomas de la actividad de las personas.

Si bien las estructuras no son un producto consciente ni intencional de la actividad humana, y la posibilidad de incidir en los procesos de transformación es muy escasa a nivel individual (de hecho en la participación en grupos e instituciones hay mecanismos que parecen operar a espaldas de los sujetos, ya sea que se les impongan o que los resultados de la conjunción de sus acciones sean muy diferentes de lo que en principio los actores se proponían), es preciso reconocer que las estructuras no existirían sin la actividad de los sujetos que constantemente las reproducen.

De allí entonces que sea importante intentar la reformulación de la concepción piagetiana acerca del carácter estructurado y estructurante de los sistemas de transformaciones, en términos del carácter mutuamente constituyente de la praxis de los sujetos y las estructuras. Como hipótesis de trabajo podría considerarse las estructuras como códigos que, en la medida en que fijan pautas a las relaciones entre las personas, posibilitan, obstaculizan y condicionan los cambios y transformaciones posibles; y a la vez, son producidas, reproducidas y modificadas a través de la interacción.

El desafío teórico de la década con respecto a este problema radica en la necesidad de articular en las investigaciones concretas la dimensión estructural y la actividad transformadora de los sujetos sociales.

Inconmensurabilidad o articulación de los paradigmas

La idea de la "inconmensurabilidad de los paradigmas", que de alguna manera es parte de la concepción de Kuhn acerca de cómo se produce y reproduce el conocimiento científico, ha sido utilizada por muchos sociólogos y epistemólogos de las ciencias sociales para justificar la imposibilidad de la reformulación de la matriz disciplinaria de la sociología a partir de la articulación tanto de los puntos de vista estructuralistas y los de la interacción como de la compatibilización de los niveles micro y macro del análisis sociológico. La idea de inconmensurabilidad hace referencia a varios fenómenos complejos. Por un lado se puede referir a una incompatibilidad ideológica; por ejemplo, uno no puede hacer sus investigaciones conjuntando teorías del equilibrio y del cambio, o una postura revolucionaria y una conservadora, por lo menos en principio. Pero más a menudo, se ha considerado la inconmensurabilidad sobre todo desde el punto de vista del alcance y los campos diversos de las explicaciones propuestas por teorías determinadas. En el caso del modelo kuhniano, la inconmensurabilidad de los paradigmas se toma además en una secuencia temporal, o sea que en un momento determinado del desarrollo

de una disciplina existe un modelo de explicación de la realidad correspondiente, surgen problemas de los que el modelo no puede dar cuenta, se produce una situación de crisis y posteriormente, después de una época de pugna entre modelos explicativos, se impone uno que la comunidad científica acepta consensualmente como válido y que resulta inconmensurable con el anterior en la medida en que logra resolver problemas que eran irresolubles desde la otra perspectiva. El modelo explicativo que prevalece tiene un alcance mayor, es más abarcador que el que suplanta.

Pero la situación en ciencias sociales y en sociología en especial nunca ha sido esa. Los modelos explicativos y las teorías correspondientes han coexistido, si bien con predominio de alguno, en ámbitos geográficos y temporales determinados. Los procesos de abandono de un paradigma y de la adopción de otro han estado ligados no sólo a la aceptación por parte de una comunidad científica particular y a la demostración de las fallas explicativas del modelo que se cuestiona sino a una multiplicidad de hechos extradisciplinarios, como son los cambios culturales y políticos a nivel de las sociedades. Nunca ha habido una única teoría, sino que la situación de debate y pugna, si bien con manifestaciones diferentes, es la más o menos habitual. En sociología, la inconmensurabilidad, si bien ha tenido un componente referido a las premisas fundamentales y a los esquemas explicativos causales, ha tenido también un componente ideológico político. Teniendo presente esta peculiar situación de la disciplina la nueva reflexión teórica se propone ampliar y profundizar sus alcances de manera que se pueda, en las investigaciones concretas, incorporar tanto las dimensiones estructurales como las de la interacción, que no deben ser vistas como excluyentes e inconmensurables sino como complementarias. Lo que las planteaba como puntos de vista irreconciliables es nada más el dogmatismo doctrinal, en algunos casos derivado de una posición política metadisciplinaria, o la visión naturalista que influyó durante años en casi todas las escuelas de pensamiento sociológico.

Como señala J. B. Thompson, los funcionalistas han puesto el énfasis en los rasgos institucionales del mundo social y han centrado su atención en las consecuencias no deseadas de la acción como formas de mantener las relaciones sociales existentes. Los estructuralistas han desarrollado importantes formulaciones acerca del carácter constitutivo y constrictivo de las estructuras socioculturales. Pero ambas corrientes de pensamiento carecen de un adecuado seguimiento de la acción, de sus marcos simbólicos de significación y de la capacidad transformadora de la actividad de los sujetos (agency).

Por su parte, los autores de las corrientes interpretativas han tenido esto último como preocupación central, pero han menospreciado los problemas del análisis institucional y estructural.

De lo que se trata entonces no es de comprender "cómo la estructura determina la acción o cómo una combinación de acciones da lugar a la estructura, sino más bien de entender cómo la acción es estructurada en contextos de la vida cotidiana y cómo los caracteres estructurales de la acción son reproducidos por la simple realización de una acción" (Thompson, 1988: 188).

Desde la perspectiva de la "teoría de la estructuración", por ejemplo, la supuesta inconmensurabilidad entre paradigmas determinista-estructuralistas y paradigmas interaccionistas es producto de un mal planteamiento del problema teórico fundamental de la relación entre estructura y acción.

La reflexión teórica actual señala que tanto la reducción de

la realidad social -al modo del marxismo estructuralista o el funcionalismo parsoniano- a las estructuras, prescindiendo de los sujetos a los que se considera de manera abstracta como meros "portadores" de roles, o la perspectiva simétrica de reducción de lo social a los individuos, sus acciones, razones, motivos y creencias, como parece proponer un individualismo metodológico radical, constituyen caminos inadecuados para el análisis sociológico. Tanto uno como otro contemplan aspectos que podemos considerar necesarios en la explicación sociológica. Pero la carencia de instrumentos teóricos y metodológicos que permitan vincular explícitamente las estructuras con los sujetos sociales, constituye un obstáculo ostensible en la práctica sociológica contemporánea (Duhau et al., 1988: 87-103).

La necesaria reconstrucción del marco disciplinario implica una revisión de los conceptos sustantivos, especialmente los de estructura y actor o sujeto social, una revisión de la idea de la inconmensurabilidad de los paradigmas deterministas e interaccionistas; un reconocimiento de la necesidad de vincular el análisis estructural con la idea de que los sujetos (individuos y grupos) construyen simbólicamente y materialmente el mundo social a través de la interacción.

Anthony Giddens sostiene que más que dos aspectos contrapuestos de un dualismo, la estructura y la capacidad transformadora de los sujetos (agency) son términos complementarios de una dualidad, la "dualidad de la estructura"; las estructuras que permiten la acción se reproducen cuando ésta se lleva a cabo.

Muchos autores sostienen que los paradigmas estructuralistas y los paradigmas interaccionistas son "inconmensurables" porque conciben lo social de maneras contrapuestas. Por eso plantear que ambas perspectivas deben ser complementarias constituye un reto a la creatividad de los investigadores interesados en la superación de la situación de crisis y la reformulación del marco teórico-metodológico de la disciplina.

A partir de la consideración de la vida cotidiana como ámbito espacio-temporal de producción y reproducción de las estructuras, nos proponemos reflexionar acerca de la posibilidad de rearticulación de las dimensiones micro y macro del análisis sociológico.

La articulación de los análisis micro y los análisis macro

La problemática relación entre las estructuras y los sujetos sociales es un tema de debate teórico y empírico que encontramos tanto en países del primer mundo como en México.

Sin embargo, el tema de la posible articulación de los niveles micro y macro del análisis sociológico no se percibe de la misma manera y las diferencias nacionales son mucho más evidentes.

Así por ejemplo, en los Estados Unidos existe una tradición de investigación de problemas relacionados con los procesos de interacción "cara a cara", y de las relaciones informales y/o institucionalizadas a nivel cotidiano, que data de mucho tiempo y ha construido sus propios procedimientos y requisitos de análisis.

En México, en cambio, tal tradición es prácticamente inexistente, salvo por los estudios de algunos antropólogos o psicólogos sociales, y en menor medida aún por estudios relacionados con sociología de la educación. La escasa comunicación interdisciplinaria que caracteriza a los científicos sociales en este país ha impedido que los resultados de sus investigaciones hayan servido de base para la formulación de hipótesis teóricas que trascendieran los ámbitos específicos y fueran una adecuada plataforma para el debate.

Es entonces pertinente definir qué vamos a entender por nivel micro y qué por nivel macro.

La microsociología se ocupa del análisis detallado de lo que la gente hace, dice y piensa en el curso de los procesos de interacción, cara a cara; esos procesos pueden ocurrir en situaciones relativamente informales o contingentes, como pueden ser los encuentros en medio del tráfico urbano, en una fila en un banco o en un cine, o encuentros en espacios institucionales y con grados relativamente fuertes de formalización, como las relaciones en el trabajo, la escuela, los hospitales, etcétera.

Lo que caracteriza a las sociologías micro es entonces que se ocupan de estudiar relaciones sociales dentro de lo que se ha dado en llamar "vida cotidiana", relaciones en las cuales los actores se encuentran en una situación de "copresencia" y en las que organizan su participación teniendo en cuenta las expectativas mutuas y según la acción de los otros participantes.

Los estudios de nivel macrosociológico se ocupan de analizar procesos a gran escala y/o de larga duración, así como las instituciones y los subsistemas sociales, a menudo tratados como entidades autosubsistentes, como el Estado, las organizaciones, las clases sociales, los movimientos sociales, las categorías sociales (mujeres, jóvenes, homosexuales), la economía nacional, la cultura y la sociedad (Collins, 1981: 984).

Lo característico de los enfoques macro es que estudian procesos que trascienden el campo de la interacción cara a cara, y para el análisis por lo general recurren a técnicas de relevación empírica que no pueden basarse en la observación directa, tales como censos y encuestas.

Habitualmente los sociólogos micro, como estudian la vida cotidiana, le dan un énfasis muy grande al concepto de interacción, a los lenguajes verbales y no verbales que la gente utiliza, y a los supuestos socioculturales implícitos. Pero la sociedad global dentro de la cual se dan los procesos interactivos sólo se tiene en cuenta como referente lejano, y las condiciones económico-políticas, la historia y las relaciones de poder y dominación prevalecientes por lo general no se incorporan al análisis.

Por el contrario, los sociólogos interesados en estudios macro, al centrar su interés en los procesos globales, ya sea de la sociedad en su conjunto o en sectores específicos, dan por supuestas las relaciones interactivas cotidianas y prestan escasa atención tanto a la posibilidad de que los sujetos incidan en el resultado de los procesos como al hecho de la transformación y reproducción de las estructuras a partir de la acción de las personas.

La diferencia no radica sólo en el distinto alcance de los problemas no es tan sólo una cuestión relativa al nivel del análisis, sino que puede estar vinculada con la postura teórico-metodológica asumida por el investigador, en el sentido de que puede pensar lo social desde una perspectiva individualista o interaccionista y por lo tanto introducir elementos tales como la contingencia de los resultados o los efectos perversos o de composición de las acciones sociales (Olson, 1971; Boudon, 1980: cap.7), o bien puede considerar el papel determinante y constrictivo de las estructuras y la normatividad social.

Lo que es importante subrayar es, por una parte, que la distinción micro-macro un producto de los intereses del investigador; por otra, que se ha sostenido en gran medida en ciertos ambientes académicos por la adhesión de los investigadores a una u otra corriente teórico-metodológica. Pero más que una opción teóricamente fundada, en muchos casos es la pertenencia a una determinada comunidad científica lo que hace que

el estudioso se involucre con una u otra forma de concebir y analizar la realidad social (Cicourel, 1984: 65).

La diferencia de enfoque es entonces no sólo un problema de alcance, sino que depende de una decisión por parte de los investigadores. Así, por ejemplo, los estudios de caso, que se refieren a procesos acotados en el tiempo y restringidos espacialmente, y cuya abundancia ha caracterizado a la sociología mexicana de la última década, muchas veces se realizan recurriendo a instrumentos propios del enfoque macro, y los estudios de problemas propios de los sistemas de la sociedad, como el de la cultura política, podrían enfocarse desde una perspectiva centrada en la interacción.

Lo cierto es que en México, quizás por asociar los estudios micro con la posibilidad de manipulación política que se le adjudicó a la ingeniería social, las sociologías micro han sido de alguna manera satanizadas y prácticamente borradas de los programas de estudio de las escuelas de sociología.

Lo que deseo sostener aquí es que las formas de relación cotidiana entre las personas, en cada grupo o sociedad, expresan características que se reproducen a nivel de la sociedad global, y que proporcionan a cada sociedad un perfil, problemas y formas de resolución de los conflictos que les son propios.

En cuanto a la dimensión cultural de los fenómenos sociales -si consideramos la cultura global como marco simbólico de interpretación y como el conjunto de los usos y prácticas convencionalmente aceptados por los miembros de una sociedad-, es claramente un puente entre lo micro y lo macro, ya que es producida y a la vez se reproduce en las formas de relación cotidiana entre la gente en los distintos ámbitos en los que interactúa.

En principio, entonces, podríamos decir que buscar la articulación de los niveles micro y macro del análisis sociológico puede ser una forma de resolver el problema crucial de la relación entre las estructuras y los sujetos sociales.

En Estados Unidos los autores que han desarrollado un enfoque centrado en los procesos de interacción pertenecen a lo que en términos generales puede denominarse corrientes interpretativas en sociología (Giddens, 1976: cap.1). Dichas corrientes han asumido una postura crítica contra el positivismo sociológico y han tomado una posición específica con respecto a temas fundamentales de la teoría sociológica, como son la teoría de la acción, la naturaleza de la intersubjetividad, el papel de las normas y la constitución social del conocimiento (Heritage, 1991: 292).

En América Latina, sólo a fines de la década de los setenta y en los ochenta se comienza a tratar consistentemente esas cuestiones, sobre todo en los trabajos de Roberto da Matta, Roberto Schwarz y Guillermo O'Donnell (Da Matta, 1978; Schwarz, 1977; O'Donnell, 1984).

De las corrientes interpretativas se pueden tomar como ejemplos la etnometodología de Garfinkel y la vertiente del interaccionismo simbólico desarrollada por Erving Goffman.

Los aportes sustanciales de la etnometodología se refieren al papel que el conocimiento de sentido común tiene en la comprensión de las acciones cotidianas, en los procesos en los que se ven involucrados los actores sociales y los artefactos que corrientemente las personas utilizan. Garfinkel realizó múltiples experimentos en procesos de interacción para mostrar cómo la gente maneja una enorme variedad de presuposiciones, realiza inferencias y aplica en situaciones nuevas tipificaciones derivadas de experiencias

previas. Todo ello permite a la gente común desenvolverse en el mundo, aunque lo haga de una forma no consciente y en cierto modo irreflexiva.

Otro elemento importante lo constituye la reformulación de Garfinkel con respecto a las concepciones previas (por lo general de origen parsoniano) acerca del papel de las normas en la actividad social. Parsons sostenía que el orden social, y en general la estabilidad de cualquier sistema de interacción, es posible porque los actores sociales internalizan un conjunto de valores y normas culturales a través de múltiples procesos de socialización, que al formar parte de su propio sistema de personalidad los compele a actuar conforme a lo que los demás esperan de ellos. Las expectativas también forman parte del sistema normativo internalizado. De allí el papel determinante de las estructuras normativas para el análisis de cualquier sistema social (Parsons, 1966: cap. 2).

Garfinkel, por el contrario, sostiene que los límites que los marcos normativos interiorizados imponen a la actividad humana son en todo momento revisados y negociables a través de los usos y las prácticas cotidianos. Los participantes deciden en qué casos deben aplicarse las reglas a la luz de los detalles de la situación en que se encuentran (Heritage, 1991: 313).

En cada caso la decisión es eminentemente pragmática y depende de cómo el actor caracterice la situación en que se encuentra. Esto, que según Durkheim, por ejemplo, es un fenómeno propio de sociedades complejas, que tan sólo se produce en determinados estadios del desarrollo social y es uno de los principales componentes de la anomia, según Garfinkel es una realidad para todo grupo social (Clastres, 1987: caps. 1 y 2).

Las normas son importantes porque brindan un marco a los partícipes para la interpretación de las situaciones sociales, no porque determinen la conducta social.

Es importante señalar que para todos los investigadores de las corrientes interpretativas que reconocen la influencia de la filosofía del último Wittgenstein en la teoría social (y Garfinkel es tan sólo uno de ellos), los usos y las prácticas cotidianos de los miembros de un grupo manifiestan los sistemas de valores y normas prevalecientes y definen qué se considera "conducta razonable" dentro de ese grupo. Como pudimos aprender los que hemos gozado con la lectura de *El país de las sombras largas* de Ruesch, rechazar el compartir el lecho con la mujer (su esposa) que el esquimal ofrece al visitante es una conducta inconveniente y no razonable por parte de éste, y motivo de enojo por parte del dueño de casa. Si el visitante comprende las razones del esquimal, a pesar de que no las comparta por provenir de una sociedad diferente, aceptará la oferta o verá la forma de salir airoso de la situación, evitando una muerte espantosa.

El mundo social es una construcción inter y transubjetiva en la que todos participamos, y uno de los supuestos que permiten la interacción es que pensamos que podemos ponernos en el lugar del otro, porque vemos el mundo de la misma manera. Esto, que Schutz llama el supuesto de "la reciprocidad de perspectivas", es parte de la actitud propia de todos nosotros en tanto gente común y corriente, pero es precisamente uno de los problemas que debe tener en cuenta el investigador cuando estudia procesos de interacción.

Cicourel señala que así como las personas al relacionarse entre sí dan muchas cosas por supuestas (que se comparte el lenguaje, que se comprenden los motivos del otro, que se ve a la situación de manera similar, que se comparte el conocimiento de ciertas reglas, etcétera), muchas veces los propios investigadores sociales, al formular preguntas en una entrevista o elaborar un cuestionario, se consideran a sí mismos y al interrogado como "competentes" social y comunicativamente y copartícipes de un mundo social y cultural

común. De hecho el investigador, en tanto es miembro de una sociedad, de un grupo social determinado y de una comunidad científica consolidada o en formación, maneja de manera no consciente y mucho menos explícita un conjunto de clichés y tipificaciones, usos, valores y reglas institucionalizados a través de la práctica y los aplica en su trabajo sin reflexionar sobre ellos, como si fuera un observador objetivo.

"El investigador emplea una cantidad considerable de razonamientos tácitos y conocimientos especiales dados por supuestos" (Cicourel, 1984: cap 2), por ejemplo concepciones idealizadas acerca de los estatus, los roles, los conflictos familiares "lo que la opinión pública piensa", etc. que, o comparte con los sujetos cuyas acciones estudia por formar parte de una "misma" sociedad, cultura o grupo, o en caso de no compartirlas, genera prejuicios, incomprensiones y errores interpretativos de todo tipo.

Esto, señala Cicourel, es precisamente lo que se debe problematizar, para que los resultados sean confiables, ya que "las mismas condiciones de su investigación constituyen una importante variable compleja de lo que pasa por datos en sus investigaciones" (Cicourel, 1982: 71).

Podemos señalar además que el trabajo del investigador social implica un doble proceso interpretativo: por un lado debe tener en cuenta que las respuestas y actitudes de las personas se basan en cómo perciben la situación, no en un "deber ser" internalizado. Por otro, el propio investigador interpreta las interpretaciones de la gente, con base en su formación cultural general y en su formación disciplinaria. Este proceso, que Giddens denomina de "doble hermenéutica", caracteriza el trabajo en ciencias sociales y constituye una de las diferencias con respecto a las ciencias naturales (Giddens, 1976: cap. 4).

Como se indicaba más arriba, otra de las corrientes de pensamiento sociológico que ha puesto énfasis en el carácter interpretativo de la labor del investigador en ciencias sociales es la vertiente del interaccionismo simbólico encabezada por Erving Goffman. En sus textos, Goffman se aboca al estudio de los procesos de interacción en espacios acotados, tales como los cuarteles o los hospitales psiquiátricos, a los que denomina "instituciones totales" porque en ellas transcurre el conjunto de la vida de los internos, que tienen restringido el contacto con el exterior (Goffman, 1988: 18).

También se ha encargado de señalar cómo en los procesos comunicativos entre personas el lenguaje no verbal, los aditamentos como vestuario, arreglo personal, marco escénico, etcétera, son elementos constitutivos del proceso. En toda relación con otros la gente intenta impresionar, influir y convencer a los demás; el deseo de dominio, la lucha por el poder -aunque sea en sucesos triviales- y el intento de controlar las circunstancias muestran una faceta de los procesos interactivos en los que no siempre nos gusta reconocernos, pero son elementos estructurales constitutivos de todos los procesos de interacción (Goffman, 1988).

En el interaccionismo nos encontramos entonces con un procedimiento micro al servicio de un interés de conocimiento estructural. En todas las sociedades, en todos los procesos donde estén involucradas personas -parece decirnos Goffman-, el animal humano participa de ciertas características relativas a la fachada, la hipocresía y las ganas de impresionar. Si bien los contenidos de lo que se consideran "buenas costumbres" o "apariencia agradable" de hecho cambian en el tiempo y el espacio, están siempre presentes como elementos constitutivos de las interacciones. Los ejemplos que proporciona son demostrativos al respecto. Sin embargo uno tiene la impresión de que el conocimiento aportado por estas proposiciones es todavía demasiado general, y si bien es sugerente, en algunos casos suena a trivialidad sin aplicación a análisis sustantivos (Goffman, 1990).

La sociología ha buscado, en el curso de su azarosa historia como disciplina, encontrar elementos comunes a pesar de la diversidad; su fin cognoscitivo ha sido la mayoría de las veces generalizador. La etnometodología y el interaccionismo simbólico no han evadido esa situación. La pregunta es en qué medida las generalizaciones que surgen de los estudios de procesos de interacción pueden contribuir no sólo a un conocimiento más profundo del mundo social sino a la caracterización de las sociedades específicas, sus conflictos y sus posibilidades de cambio. O para decirlo de otro modo, de qué manera la comprensión de los procesos de interacción puede fundamentar nuestros análisis de la sociedad y cómo el estudio de ésta puede retroalimentar nuestro conocimiento de la vida cotidiana.

Hasta ahora la posibilidad teórica de moverse constantemente a través de niveles de diferente complejidad relacional y cultural no ha sido recuperada en los procesos de investigación.

Aaron Cicourel ha señalado repetidamente que la necesidad de articulación de los dos tipos de análisis es imperiosa, pero hasta el momento pocos investigadores han hecho eco a este llamado.

Jeffrey Alexander ha mencionado que en los trabajos recientes de muchos sociólogos parece existir la intención de trascender la unilateralidad tanto de las teorizaciones micro como de las macro, y él mismo sostiene la necesidad de un enfoque multidimensional, no sólo en el sentido de considerar los componentes sociales, económicos, culturales y políticos de todo sistema de acción, sino también la mutua interdependencia entre estructura y agency (Alexander, 1988: 8). Lamentablemente, aún no existe ninguna publicación de este prolífico autor que muestre cómo tal enfoque multidimensional y articulante puede ponerse en práctica en investigaciones concretas.

En América Latina, sin embargo, y a pesar de que la discusión de este tema es tan sólo incipiente, Guillermo O'Donnell ha planteado una posible vía para la articulación de los análisis micro y los análisis macro de una manera original y no reduccionista. Si bien sus textos más conocidos se refieren a cuestiones de sociología política (Estado burocrático autoritario, gobernabilidad, transiciones democráticas, etc.), existe un aspecto de su obra que no por menos conocido es menos sugerente.

La hipótesis que subyace a sus trabajos es que las formas de relacionarse entre sí en la vida cotidiana, que caracterizan y diferencian a los miembros de una sociedad (o grupo) con respecto a otros, son conductas repetidas, recurrentes, que constituyen patrones de reacción y actitudes frente a los distintos problemas que dan pistas para el análisis de cómo se conforman, desarrollan y cambian los sistemas sociales considerados a nivel macro.

Aunque en un texto de 1984 O'Donnell señale que es incapaz de defender con razonable rigor el salto de lo micro a lo macro, también remarca que indudablemente existen relaciones entre ambos niveles. En estudios posteriores ha proseguido la descripción y la reflexión acerca de las "microescenas", o sea las "interlocuciones, servicios y trabajos que relacionan ocasionalmente a personas de diferentes posiciones sociales", y ha continuado estudiando microprocesos como los cruces de esquina en medio del tránsito urbano, los cierres de calles y las manifestaciones de distintos grupos involucrados y afectados por la intrusión de los intereses privados en medio del espacio público de las grandes ciudades.

O'Donnell señala que tanto en el trato al hablar como en la conducta en el tráfico, en la actitud al prestar un servicio o atender al público en un restaurante, cada sociedad

reproduce y produce la jerarquía social que le es propia. Por ejemplo, una sociedad que es profundamente jerarquizada y autoritaria en el trato cotidiano manifiesta características similares en cuanto a su cultura política. El estudio de las "microescenas" también nos dice algo, según O'Donnell, "acerca de semejanzas y diferencias entre nuestras sociedades, que podemos reconocer con transmutada pero tal vez no ficticia congruencia en otros planos 'más importantes'" de comportamiento agregado, como el del sistema político, por ejemplo (O'Donnell, 1984: 12).

Otros autores, como los brasileños Roberto da Matta y Roberto Schwarz, han desarrollado sus trabajos siguiendo una línea similar a la de O'Donnell.

Relacionar los niveles micro y macro constituye un desafío que los sociólogos estamos ahora en situación de enfrentar, no sólo porque se ha aflojado el dogal de las teorías sociológicas asumidas como doctrinas, sino porque somos conscientes, creo, de la necesidad de revisión de los conceptos y los modelos explicativos que hemos venido usando hasta ahora, como parte de la reconstrucción del marco disciplinario que es uno de los resultados positivos de la "crisis de paradigmas".

En la literatura reciente el concepto de socialidad o sociabilidad ha aparecido recurrentemente, si bien las definiciones difieren. Creo que podría ser un concepto articulador de los distintos planos del análisis social. Tanto si lo consideramos como las formas de relación cotidiana entre miembros de un grupo, como las reacciones y actitudes de la gente en encuentros contingentes y ocasionales (O'Donnell, 1984) que dependen de patrones aprendidos y pragmáticamente reproducidos, o lo asumimos como el nivel de las relaciones sociales más íntimo y cotidiano que funda, sustenta y a la vez se contrapone con el nivel de lo social (Maffesoli, 1990: 141), de cualquier manera su fertilidad radica precisamente en que podemos utilizarlo para estudiar conjuntos de relaciones de diferente grado de agregación y complejidad.

Estudiar las formas de sociabilidad en un grupo, en una sociedad determinada o en un ámbito específico, con sus diferentes grados de formalización e institucionalización, y cómo aun en las relaciones más circunstanciales todo el bagaje cultural de la sociedad está presente y es reproducido a través de la interacción, puede ser una forma de articular los niveles micro y macro.

Para poner un ejemplo, en todas las sociedades tanto nacionales como de las grandes y pequeñas ciudades, como dentro de organizaciones, instituciones y grupos, como en la calle, existen dichos populares, que no alcanzan quizás el grado de refranes, pero que pueden explicitar formas de conducta tácita, que no está escrita ni prescrita en ninguna parte, que no tienen una sanción oficial pero que sirven como patrón, y en la medida en que aparecen regularmente permiten prever el desarrollo de los procesos en los que son aplicados.

En la ciudad de México, si uno hiciera una sociología del tránsito, encontraría enunciados tales como "uno y uno", que resume la regla para entrar a una vía rápida cuando hay varias hileras de automóviles pugnando por pasar, o en caso de choque, "el que pega paga", que no por poco respetado deja la gente de decir cuando ve una colisión. Son formas de sociabilidad no asentadas en ningún reglamento, pero que existen en la conciencia y a veces en la práctica y que parecen representar un ideal de conducta urbana que, aunque no siempre se cumple, opera como marco interpretativo para que la gente califique de "cafre" al que no las respeta. Uno podría preguntarse cuáles son las manifestaciones de esas formas de sociabilidad al nivel macro y podría encontrarse con una característica propia de nuestra sociedad que consiste en la aplicación particularista del sistema de normas y valores (Duhau et al., 1988: 262). Compartimos ideales de

respeto mutuo, cortesía y amabilidad, pero en las situaciones específicas en las que uno debe llegar a tiempo a su trabajo o al cine, recoger a los niños en la escuela o cualquiera de las múltiples actividades por las que salimos a la calle, la conducta real es "pasar primero", o estacionarse en cuádruple fila, sin importar demasiado si se está obstruyendo a los demás o a quién se perjudica. Sin embargo, estamos de acuerdo en juzgar como poco civilizado al vecino que hace lo mismo.

El espectro de temas que podrían estudiarse aplicando el concepto de sociabilidad es inmenso. Para poner un último ejemplo: una de las críticas más frecuentes a las sociologías micro es que no incorporan en sus estudios (salvo ocasionalmente) el tema de las relaciones de poder, y que cuando lo hacen se refieren exclusivamente a los intentos de dominio que unos actores ejercen sobre otros en un momento y lugar específicos. Ahora bien, si las formas de sociabilidad entre los miembros de una sociedad producen y reproducen las características que configuran esa sociedad y la distinguen de las demás, los problemas de autoritarismo, jerarquización o igualación están presentes en ellas y permiten realizar inferencias acerca del comportamiento de la gente no sólo a nivel cotidiano sino frente a problemas de la sociedad en su conjunto. La aceptación pasiva de la autoridad o el rechazo de toda imposición superior, el esperar que el padre, el maestro o el gobierno resuelvan nuestros problemas, o la convicción de que la organización y la unidad hacen la fuerza, son concepciones de uno mismo, de los demás y del mundo que se aprenden desde niño y se aplican a nivel público y privado, en la casa y frente a las grandes cuestiones nacionales.

Existen problemas que hasta ahora han sido investigados tan sólo parcialmente, y muchas veces con clichés o con prejuicios similares a los que podría manifestar un lego. En el caso de la sociedad mexicana, ¿es autoritaria? ¿Dónde y cómo se manifiesta ese autoritarismo? ¿Es igual en las familias, en las escuelas, en la oficina o en la fábrica? ¿Es igualitaria, es democrática, es jerarquizada; de qué forma se respeta, guarda o trastoca la jerarquía social? El mexicano ¿es o no respondón, pendenciero, sufrido, aguantador, pacífico o belicoso?

TEXTO

Las respuestas a estas preguntas ¿son iguales o semejantes según clase social, ciudad o región de residencia, edad, sexo? ¿En qué medida la aceptación de la transgresión en situaciones cotidianas permite o se asimila a la permisividad frente a la transgresión en cuanto al respeto del derecho de ciudadanía, los votos, la participación en las decisiones en una junta de vecinos, o la imposición de un candidato a gobernador o a presidente?

Creo que preguntas como éstas y otras mil, que para algunos investigadores podrían ser interesantes, pueden responderse (aparte de en un cierto y muy peculiar grado en ensayos filosóficos), a través de la utilización del concepto de sociabilidad que incorpora tanto aspectos normativos como no normativos, de conocimiento común de bagaje cultural, de experiencia de vida, etcétera, y que permite la necesaria articulación de los niveles micro y macro del análisis sociológico.

CITAS:

[*] Profesora-investigadora del Departamento de Sociología. UAM-A.

[**] La autora agradece especialmente los comentarios críticos de Emilio Duhau a una versión preliminar de este texto.

BIBLIOGRAFIA:

Albert, H. (1973). "El mito de la razón total", en Adorno et al., La disputa del positivismo en la sociología alemana, Grijalbo, Barcelona.

Alexander, J. (1988). Action and Its Environments, Columbia University Press, Nueva York.

Bottomore, T. y R. Nisbet (1988). "Estructuralismo", en Bottomore y Nisbet (comps.), Historia del análisis sociológico, Amorrortu, Argentina.

Boudon, R. (1980). Efectos perversos y orden social, Premiá, México.

Bourdieu, P., J.-C. Chamboredon y J.-C. Passeron (1975). El oficio de sociólogo, Siglo XXI, Argentina.

Bourdieu, P., (1981). "Integration of micro and macro levels of analysis", en Knorr-Cettina y A. V. Cicourel (eds.), Advances in Social Theory and Methodology, Routledge and Kegan Paul, Boston.

Cicourel, A. (1982). El método y la medida en sociología, Editora Nacional, Madrid.

Collins, R. (1981). "On Microfoundations of Macrosociology", AJS86 núm. 5.

Clastres, P. (1987). Investigaciones en antropología política, Gedisa, México.

Duhau, E., L. Girola y A. Azuela (1988). "Sujetos sociales y explicación sociológica", en Sociológica, núms. 7-8, UAM-A, México.

Farfán, R. (1988). "La repercusión de los conceptos de 'paradigma' y 'ciencia normal' de Thomas S. Kuhn en las ciencias sociales", en Sociológica, núms. 7-8, UAM-A, México.

Giddens, A. (1976). Las nuevas reglas del método sociológico, Amorrortu, Buenos Aires.

Giddens, A. (1988). "El positivismo y sus críticos", en Bottomore y Nisbet (comps.), Historia del análisis sociológico, Amorrortu, Buenos Aires.

Giddens, A. (1990). "El estructuralismo, el postestructuralismo y la producción de la cultura", en Giddens y Turner (comps.), La teoría social hoy, Conaculta-Alianza, México.

Giddens, A. (1991). The Consequences of Modernity.

Girola, L. (1992). "Teoría sociológica y fin de siglo", en Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, núm. 148, UNAM, México.

Girola, L. (1988). Internados, Amorrortu, Buenos Aires.

Goffman, E. (1989). La presentación de la persona en la vida cotidiana, Amorrortu, Buenos Aires.

Habermas, J. (1990). El discurso filosófico de la modernidad, Taurus, Madrid.

Heritage, J. (1990). "Etnometodología", en Giddens y Turner, op. cit.

Heritage, J. (1976). "Lógica del descubrimiento o psicología de la investigación", en Lakatos y Musgrave (comps.), La crítica y el desarrollo del conocimiento, Grijalbo, Madrid.

Heritage, J. (1978). Segundos pensamientos sobre paradigmas, Tecnos, Madrid.

Kuhn, Th. S. (1980). La estructura de las revoluciones científicas, Fondo de Cultura Económica, México.

Levi-Strauss, C. (1983). Antropología estructural, Eudeba, Buenos Aires.

Maffesoli, M. (1990). El tiempo de las tribus, Icaria, Barcelona.

Marcuse, H. (1976). Razón y revolución, Alianza, Madrid.

O'Donnell, G. (1984). Ya mí qué me importa. Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil, Estudios CEDES, Buenos Aires.

Parsons, T. (1966). "El sistema social", en Revista de Occidente, Madrid.

Parsons, T. (1976). Qué es el estructuralismo.

Piaget, J. (1983). Estudios sociológicos, Ariel, Barcelona.